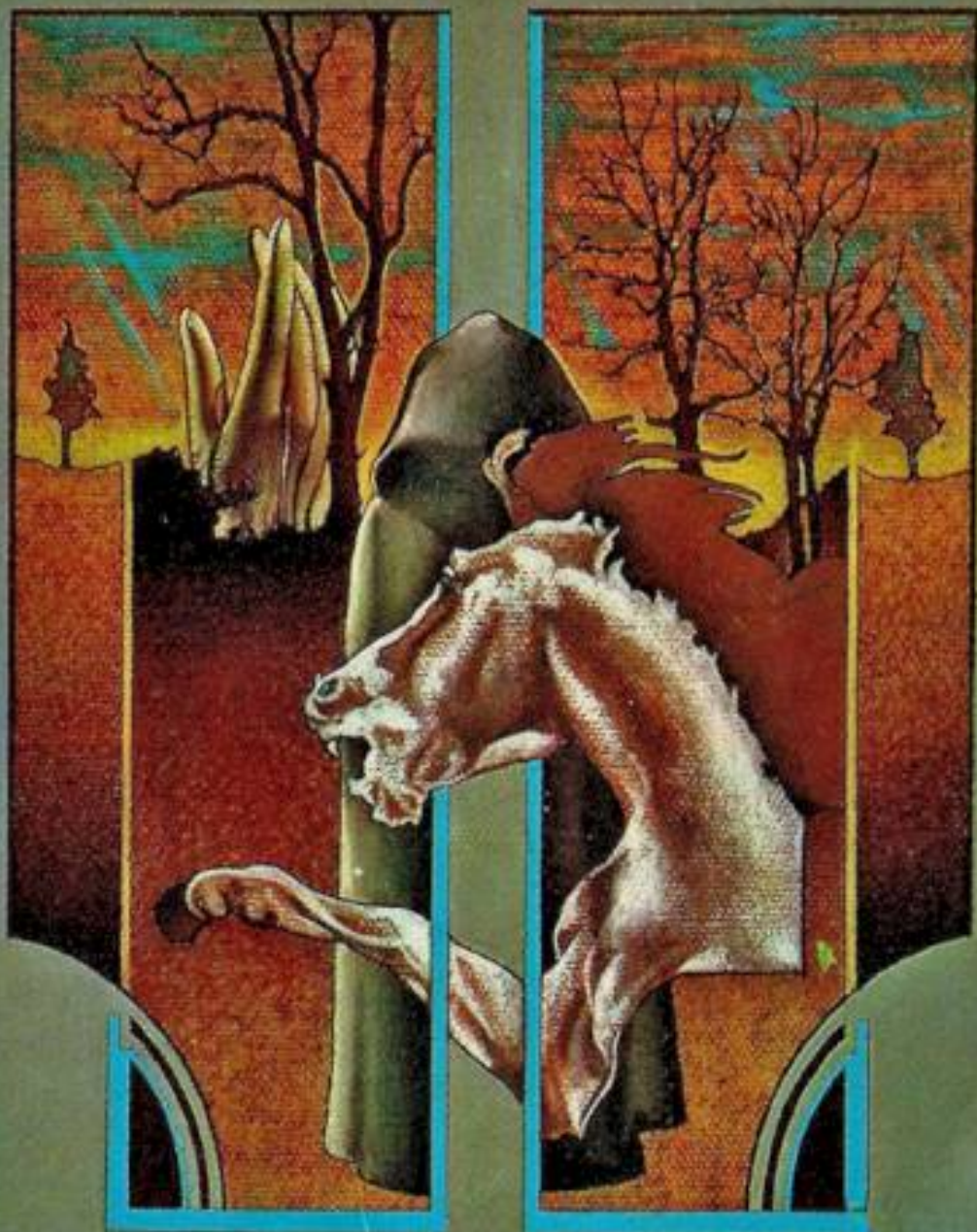


AGATHA CHRISTIE

EL MISTERIO
DE PALE HORSE



El escritor Mark Easterbrook se ve, poco a poco, envuelto involuntariamente en una compleja historia de muertes aparentemente naturales con algo en común: siempre había alguien que ganaba mucho con cada una de estas muertes y los nombres de los fallecidos constaban en la lista escrita por el reverendo Gorman la noche en que fue asesinado. Mark y su amiga, escritora de novelas policíacas, Ariadne Oliver, participan de una fiesta de beneficencia organizada por una pariente de Mark en una pequeña ciudad del interior. Después de la fiesta él tiene la oportunidad de conocer Pale Horse, de quien tanto había oído hablar.

Pale Horse es una mansión que en el pasado había sido una hospedería donde actualmente viven las brujas del poblado, tres mujeres extrañas que organizan sesiones de espiritismo y hechicería. En esta misma oportunidad, Mark conoce al Sr. Venables, hombre poderoso, inválido e identificado por el farmacéutico Osborne —importante testigo— como el hombre que seguía al reverendo Gorman la noche que fue asesinado.

Mark se da cuenta de una serie de coincidencias que lo hacen pensar que la muerte de las personas en la lista es consecuencia del hechizo de las brujas de Pale Horse y se dispone a ayudar a sus amigos de la policía a desentrañar el misterio.

Prefacio

A mi juicio hay dos maneras de acercarse a este extraño asunto de «Pale Horse»^[1]. No resulta fácil nunca simplificar ciertas cosas. No cabe decir: «Comience usted por el principio, diríjase hacia el fin y al llegar a éste deténgase». En efecto, ¿dónde radica ese principio?

Se trata de la dificultad fundamental con que siempre se enfrenta el historiador. ¿En qué momento se inicia determinada porción de la historia?

En este caso uno podría comenzar con el episodio del padre Gorman en el instante de abandonar su iglesia para atender a una moribunda. O con el que tuvo por marco un café de Chelsea cierta noche.

Sí. Tal vez sea eso lo más adecuado, teniendo en cuenta que la mayor parte de la narración corre a mi cargo.

MARX EASTERBROOK

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BRADLEY: Un tramposo abogado destituido.

CALTHROP: Esposa del párroco.

CORRIGAN (Jim): Médico.

COPPINS: Dueña de una casa modesta, en la que alquila habitaciones.

DAVIS (Jessie): Mujer enferma que muere en la casa de Coppins.

DELAFONTAINE (Mary): Una buena amiga de la novelista Oliver.

DESPARD (Rhoda): Prima de Mark.

EASTERBROOK (Mark): Notable escritor, protagonista de esta novela.

GINGER: Empleada en las «Galerías de Londres», buena amiga de Mark.

GORMAN: Sacerdote católico, asesinado.

GREY (Thyrza): Una muchacha aplicada a sectas de brujerías.

HESKETH_DUBOIS (lady): Madrina de Mark.

LEJEUNE: Detective inspector.

LUIGI: Dueño de un bar en Chelsea.

MILLY: Criada de la novelista Oliver.

OLIVER (Ariadne): Notable autora de novelas policíacas.

OSBORNE (Zachariah): Farmacéutico del pueblo.

POPPY: Una amiga de Mark.

POTTER (Mike): Un chiquillo recadero.

REDCLIFFE (Hermia): Maestra, escritora, amiga de Mark.

SYBIL: Una excelente médium espiritista.

VENABLES: Acaudalado solterón, enfermo de poliomielitis.

WEBB (Bella): Afiliada a la secta espiritista.

CAPÍTULO I

1

La máquina del tren expreso, a mis espaldas, silbaba como una serpiente enfurecida. El ruido tenía en sí sugerencias no diré diabólicas, no quiero llegar a tanto, pero sí siniestras. Tal vez ocurra lo mismo, pensé, con todos los ruidos de nuestra época. El intimidante e irritado zumbido de los aviones de propulsión a chorro, cruzando a vertiginosa velocidad el firmamento, el lento y amenazador murmullo del tren acercándose a la estación a lo largo de un túnel, el pesado camión de transporte que conmueve hasta los cimientos de nuestra casa... Hasta los menores ruidos domésticos de hoy, por muy beneficiosos que sean, parecen transportar una especie de aviso. Las máquinas, los frigoríficos, los exprimidores, las lavadoras... «Ten cuidado», dan la impresión de querer decirnos. «Soy un genio puesto a tu servicio, pero si pierdes el control de mí»...

Un mundo peligroso, eso es, un mundo peligroso.

Agité la espumeante taza que tenía frente a mí. Olía agradablemente.

—¿Deseaba usted algo más? ¿Unos plátanos? ¿Un bocadillo de jamón, quizá?

Se me antojó esto una rara mezcla. Relacioné mentalmente los plátanos con mi niñez... Ocasionalmente, flam-bés con azúcar y ron. El jamón lo asociaba con los huevos. Sin embargo... Donde fueres haz lo que vieres. Hallándome

en Chelsea, lo más indicado era que comiera como la gente de allí. Asentí, por lo tanto, a ambas sugerencias.

Aunque vivía en Chelsea (es decir, disponía aquí desde hacía tres meses de un piso amueblado), yo era en todos los demás aspectos, un extraño. Estaba escribiendo entonces un libro relacionado con ciertos motivos de la arquitectura mogol. Con tal fin hubiera podido vivir lo mismo en Hampstead, Bloomsbury o Streatham, sin el menor inconveniente. Yo me olvidaba del mundo circundante excepto en lo referente a los medios materiales que precisaba para realizar mi cometido. A mis vecinos les era absolutamente indiferente. Vivía, en una palabra, dentro del mundo que yo me había creado.

Esta noche, no obstante, había sido víctima de algo que todos los escritores conocen perfectamente: una repentina desgana.

La arquitectura mogol, los emperadores mogoles, las normas que regían la existencia de ese pueblo y todos los fascinantes problemas que tales cosas planteaban no representaron nada para mí de pronto. ¿Importan a alguien en realidad? ¿Por qué escribir sobre ellas?

Pasé varias páginas, releyéndolas. Todo lo que llevaba escrito me pareció uniformemente malo... Juzgué mi estilo poco lúcido y el tema singularmente desprovisto de interés. «La Historia no es más que "música celestial"». ¿Quién había dicho eso ¿Henry Ford? Tenía que reconocer que era verdad.

Aparté con un gesto de asco mi manuscrito y después de levantarme consulté mi reloj. Eran casi las once de la noche. Intenté recordar si había cenado... Estimé que no, guiándome de mis sensaciones. La comida de mediodía sí la había hecho. En el «Ateneum». Habían transcurrido muchas horas desde aquel momento.

Miré dentro, del frigorífico. Quedaba en este un trozo de lengua reseca. Permanecí unos segundos examinándolo. No me apetecía lo más mínimo. Por causa de esto estuve

vagando un poco por King's Road, acabando por entrar en un bar que tenía en la puerta un rótulo rojo de gas neón: «Luigi». Contemplaba ahora mi bocadillo de jamón mientras pensaba en las siniestras sugerencias de los ruidos de nuestro tiempo y en sus efectos atmosféricos.

Me pareció que todos ellos poseían algo en común con mis más remotos recuerdos de carácter pantomímico. ¡David Jones saliendo de su cajón entre nubes de humo! Puertas trampas, ventanas que exudaban todos los infernales poderes del mal, desafiando al Hada Buena o a cualquier personaje de nombre semejante, quien, a su vez, enarbola una varita mágica y recitaba esperanzadas pláticas sobre el triunfo definitivo del bien con suave voz, profetizando así la inevitable «canción del momento», lo cual nada tenía que ver con el argumento de aquella especial pantomima.

Se me ocurrió de pronto pensar que el mal era, quizá, más impresionante que el bien. Y esto siempre y necesariamente. ¡Tenía forzosamente que convertirse en espectáculo! ¡Tenía que sobresaltar, adoptar una actitud de reto! Era la inestabilidad atacando a lo estable. Al final acabaría ganando todo lo que se hallara informado por esta última cualidad. Lo estable se impone por encima de la trivial Hada Buena... Por muy débiles que parecieran sus armas, prevalecería. La pantomima terminaría en la forma de siempre: una escalera por la que descenderían por orden de categoría los distintos personajes. El Hada Buena, practicando la cristiana virtud de la humildad, no figuraría en primer lugar, ni tampoco en el último, sino que se colocaría en medio de los demás, al lado de su adversario, que en tal instante habría dejado de ser el Demonio gruñón de momentos antes, con sus vaharadas de fuego y azufre, para dejarse ver como un hombre vestido con traje de malla roja.

La máquina del tren expreso silbó de nuevo en mi oído. Hice una seña para que me trajeran otra taza de café y miré a mi alrededor. Una de mis hermanas me ha acusado siempre de ser poco o nada observador. Dice que nunca advier-

to lo que sucede a mi lado. «Vives aislado en tu mundo personal», suele manifestar al reprocharme. Ahora, con una sensación de virtud consciente tomé nota de lo que ocurría en torno a mí. Apenas pasaba un día sin que los periódicos trajeran alguna noticia relacionada con los bares de Chelsea y sus clientes. Ahora se me presentaba la oportunidad de estudiar directamente la vida contemporánea.

La sala no se encontraba muy iluminada, por lo que no podía ver muy bien. Casi todos los clientes eran gente joven. Supuse, vagamente, que representaban a la generación de la postguerra. Las chicas me parecieron lo que me parecen en la actualidad: un tanto desaseadas. Daban también la impresión de llevar demasiada ropa encima. La muchacha que se hallaba más cerca de mí, tendría unos veinte años. Dentro del establecimiento hacía calor, pero ella vestía un jersey amarillo de lana, igual que sus negras medias, y una falda oscura. Un sudor abundante cubría su faz. Olía a lana empapada de aquel y a cabellos sin lavar. A mis amigos, de acuerdo con sus cánones de belleza, se les habría antojado muy atractiva. ¡No pensaba yo de la misma manera! Mi única reacción ante su presencia era un ansia irreprimible de arrojarla a una bañera llena de agua caliente para, a continuación entregarle una pastilla de jabón y obligarle a hacer uso de este. Lo cual, me imagino, ponía bien de relieve lo mal encajado que estaba yo en mi tiempo. Recordé con placer a las mujeres indias, con sus negros cabellos cuidadosamente recogidos sobre la nuca, sus saris de puros y brillantes colores, cayendo a lo largo de su cuerpo en graciosos pliegues, su rítmico balanceo al andar...

Un repentino incremento del ruido me hizo abandonar tan gratos pensamientos. Las dos chicas que se encontraban en la mesa de al lado, habían iniciado una disputa. Los dos jóvenes que les acompañaban intentaban poner paz entre las dos sin conseguirlo.

Súbitamente comenzaron a gritarse mutuamente. Una de ellas abofeteó a la otra y esta respondió a la agresión ti-

rando de su oponente, hasta hacerla abandonar la silla que ocupaba. Forcejearon sin dejar de insultarse, históricamente, como un par de verduleras. Una tenía los cabellos rojizos y enmarañados; la otra era una rubia de pelo lacio.

No acerté a adivinar el motivo de la reyerta. De las otras mesas salieron airadas voces y estridentes gritos de rechifla.

—¡Ánimo, muchacha! ¡Dale fuerte, Lou!

El propietario, un hombre delgado de pobladas patillas, con todo el aspecto de un italiano, a quien yo había identificado como Luigi, salió de detrás del mostrador para intervenir. Hablaba con un puro cockney londinense.

—Vamos, vamos... Eso ha de acabarse... Vais a llamar la atención de todos los que pasan por aquí. Y de la policía, que no tardará en llegar. ¡Basta, he dicho!

Pero la rubia había conseguido coger a la otra de los cabellos, tirando de estos furiosamente, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Perra! ¡No eres más que eso: una perra que se dedica a quitar a las demás sus novios!

—¡Eso lo serás tú!

Luigi y los dos avergonzados acompañantes de las chicas lograron separar por fin a estas. En los dedos de la rubia quedaron unos mechones de rojizos cabellos. La muchacha levantó la mano con aire triunfal, mostrándolos, antes de arrojarlos despreciativamente al suelo.

Se abrió la puerta de la calle. En el umbral se plantó un guardia vestido con un uniforme azul. Este hizo la pregunta de rigor en tales casos dando a sus palabras una majestuosa entonación:

—¿Qué pasa aquí?

Inmediatamente se formó un frente colectivo contra el enemigo común.

—Un rato de broma —arguyó uno de los jóvenes.

—Eso es —corroboró Luigi—. Un rato de broma entre amigos.

Mientras, con el pie, diestramente, empujó los mechones de pelo que había sobre el pavimento debajo de la mesa. Las dos contrincantes intercambiaron falsas sonrisas.

El guardia contempló a las dos chicas con un gesto de desconfianza.

—Precisamente nos íbamos ya —dijo la rubia dulcemente—. Vamos, Doug.

Una coincidencia: varias de las personas presentes se disponían a imitarles. El guardia les dirigió una severa mirada. Con su actitud les daba a entender que por esta vez pasaba aquello por alto y que en lo sucesivo habrían de andarse con cuidado. Avanzando lentamente hacia la puerta se retiró por fin.

El acompañante de la pelirroja pagó la cuenta.

—¿Te encuentras bien, muchacha? —preguntó Luigi a la chica, que se estaba ajustando un pañuelo de cabeza—. Lou debe haberte hecho daño al tirarte de los cabellos de esa manera...

—Nada de particular —respondió la joven indiferentemente. Después sonrió—. Siento lo ocurrido, Luigi.

La pareja se marchó. El bar se hallaba ahora vacío, prácticamente. Me tenté el bolsillo, en busca de dinero.

—Muy maja esa chica —comentó Luigi mirando con un gesto de aprobación hacia la puerta, en el momento de cerrarse la misma.

Cogiendo una escoba barrió los mechones de rojos pelos, ocultándolos debajo del mostrador.

—Tiene que haberle hecho daño —dije.

—Si eso me lo hacen a mí se oyen los gritos en el otro extremo de la población. Pero es que, de verdad, Tommy es una gran muchacha.

—La conoce usted bien, por lo visto.

—¡Oh, sí! ¡Viene por aquí casi todas las noches! Tuckerton. Ese es su apellido. Thomasina Tuckerton. Pero todo el mundo la conoce por el de Tommy Tucker. Es muy rica. Su padre le dejó al morir una fortuna. Y, ¿dónde cree usted

que se le ocurrió ir entonces? Pues sencillamente, viene a Chelsea para vivir en una habitación de los barrios bajos, cerca del puente de Wansworth, corriendo por ahí en compañía de otros tipos semejantes a ella. Lo que más me sorprende es que casi todos disponen de dinero. Podrían tener cuanto se les antojase y vivir en el Ritz si gustaran de ello. Pero parecen hallar más placer en ese género de existencia que llevan. Sí... Me extraña mucho.

—¿No habría usted procedido igual que ellos, de tener que elegir?

—¡Ah! ¡Yo no carezco de sentido común! —exclamó Luigi—. Ganar dinero es lo que importa.

Me levanté con la idea de marcharme ya, y entonces le pregunté si conocía el motivo de la pelea.

—¡Oh! Tommy le ha quitado el novio a la otra. No vale la pena reñir por eso, créame.

—La chica en cuestión no pensaba así —observé.

—Bueno. Es que Lou es muy romántica —repuso Luigi indulgentemente.

No era aquella la idea que yo tenía acerca del romanticismo, pero opté por callar.

2

Debió de ser una semana más tarde, aproximadamente, cuando en las columnas de la sección necrológica del Times leí la siguiente esquela:

TUCKERTON. El 2 de octubre, en el hospital de Fallowfield, Aniberley, ha fallecido Thomasina Ann, de veinte años de edad, hija única de Thomas Tuckerton de Carrington Park Amberley, Surrey. Funerales privados. Se ruega no envíen flores.

Nada de flores para la pobre Tommy Tucker... La extravagante vida que llevara en Chelsea había llegado a su fin. Sentí de improviso una gran compasión por las infinitas Tommy Tucker de nuestro tiempo. Sin embargo, ¿cómo sabía yo que mi punto de vista era el más acertado? ¿Quién era yo para juzgar aquella una vida inútil? Tal vez ese calificativo conviniera más a mi existencia, sedentaria, existencia de un estudioso, inmerso en los libros, aislado del mundo. Una vida de segunda categoría, en verdad. Tenía que preguntarme con franqueza: ¿había algo de extraordinario en aquella? Era esta una idea nada familiar para mí. Lo cierto era que no gustaba de la misma. Pero... ¿no debería, quizá lanzarme a la búsqueda de lo sorprendente, de lo impensado? Una idea nada familiar, ciertamente, que yo tampoco acogía con agrado.

Desterrando a Tommy Tucker de mis reflexiones volví a concentrar la atención en mi correspondencia.

La carta más destacada procedía de mi prima Rhoda Despard, la cual solicitaba de mí un favor. Me agarré a esta petición, ya que no me encontraba bien dispuesto para el trabajo aquella mañana. Suponía además una excelente excusa para aplazar el cotidiano quehacer.

Fui a King's Road, donde paré un taxi que me llevó a la residencia de una señora, Ariadne Oliver, buena amiga mía.

Ariadne Oliver era una escritora de novelas policíacas muy conocida. Milly, su criada, podía ser considerada un dragón eficiente, pues sabía defender a su señora de los ataques del mundo exterior.

Levanté las cejas inquisitivamente, en una muda pregunta. Milly asintió con vehemencia.

—Vale más que suba usted a verla, señor Mark —me dijo—. Hoy está fuera de sí... Tal vez consiga que cambie su humor.

Subí las escaleras, di unos golpecitos en una puerta y entré antes de que me contestara nadie. El cuarto de traba-

jo de la señora Oliver era de grandes dimensiones. En el papel que cubría las paredes se veían exóticos pájaros anidando en un follaje tropical. La señora Oliver, en un estado aparentemente rayano en la locura, iba de un lado a otro de la habitación, hablando incesantemente en voz baja. Me miró brevemente, sin el menor interés, y continuó paseando. Sus ojos se posaron sucesivamente en las cuatro paredes y también en el paisaje que se divisaba por la ventana, cerrándose al tiempo que en su rostro se dibujaba una angustiosa expresión.

—Pero, ¿por qué? —inquirió la señora Oliver dirigiéndose a un ente desconocido para mí—. ¿Por qué no dice el idiota en seguida que él vio la cacatúa? ¿Y por qué no había de verla? ¡Si era algo inevitable! Ahora bien, si menciona tal detalle lo echa a perder todo. Tiene que existir una salida... Sí, tiene que haberla...

Mientras hablaba la señora Oliver lanzaba breves gemidos y se pasaba los dedos por sus grises cabellos, más bien cortos, oprimiéndolos frenéticamente. De súbito, mirándome, dijo:

—Hola, Mark. Me voy a volver loca.

Inmediatamente reanudó su soliloquio.

—Y luego ahí está Mónica. Cuando más amable quiero hacerla, más irritante se me vuelve... ¡Qué muchacha más estúpida! ¡Y presumida! Mónica... ¿Mónica? Creo que este nombre es un error. ¿Nancy? ¿No le iría mejor este? ¿Joan? Cualquier chica se llama así. Con Anne ocurre lo mismo. ¿Susan? Ya tengo una Susan. ¿Lucía? ¿Lucía? Me parece estar viéndola: pelirroja, blusa de polo... ¿Malla negra? Medias negras, de todos modos.

Este momentáneo destello de alegría fue eclipsado por el recuerdo del problema de la cacatúa. La señora Oliver volvió a sus alocados paseos, cogiendo al paso cosas de las mesas sin darse cuenta de lo que hacía, para depositarlas luego en otro sitio del cuarto. Después de colocar con extrema delicadeza la funda de sus gafas en una caja lacada

que ya contenía un abanico chino me miró detenidamente, tras lo cual dijo:

—Me alegro que seas tú...

—Eres muy amable.

—Podía haber venido otra persona: alguna necia que está empeñada en que abra una tienda o el hombre que desea hacer a Milly un seguro, a lo cual ella se niega rotundamente, o el fontanero... Aunque esto último habría significado ya una suerte. Incluyo entre los posibles visitantes alguien en demanda de una entrevista, para hacerme las embarazosas preguntas de siempre. ¿Qué es lo que le llevó a usted a escribir? ¿Cuántos libros lleva escritos? ¿Cuánto dinero ha ganado? Etcétera, etcétera. Jamás sé qué responder y esto me hace aparecer como una tonta. Claro que ninguna de esas cosas tiene importancia. Lo que a mí me vuelve loca es ese endiablado asunto de la cacatúa.

—¿Algo que no llega a cuadrar del todo? —le pregunté con afecto—. Tal vez fuera mejor que me marchara.

—No. De todas formas tú supones para mí una distracción, desde luego.

Acepté el dudoso cumplido.

—¿Quieres un cigarrillo? —inquirió la señora Oliver con un vago gesto de hospitalidad—. Por ahí hay un paquete. Mira en la mesita de la máquina de escribir.

—Llevo ya encima, gracias. Toma uno. ¡Oh, no! Tú no fumas.

—Ni bebo tampoco. Me gustaría hacerlo. Como esos detectives americanos que siempre tienen a mano unas botellas de *whisky*. Este parece resolver todos los problemas. ¿Sabes, Mark? En realidad no comprendo cómo alguien dentro de la vida real puede llevar en la conciencia un crimen... Yo creo que desde el momento en que el autor realiza esa irreparable acción todo le señala como tal.

—Ni hablar. Tú los has cometido a docenas.

—Cincuenta y cinco por lo menos —manifestó la señora Oliver—. La cuestión del asesinato es fácil y bien sencilla.